

Tendencias de la **NARRATIVA** **CHIAPANECA** actual

José Martínez Torres
y Alejandro Mijangos Trejo

Aun antes de publicarse *Balún Canán*, un tema constante de la narrativa chiapaneca ha sido el conflicto entre los indígenas legatarios de rituales ancestrales y los ladinos asimilados a los valores culturales europeos. Otra característica recurrente es el uso velado o explícito de material biográfico en cuentos, novelas y otros documentos a caballo entre la literatura y la antropología.

El libro referido de Rosario Castellanos es su primera novela, publicada en 1957; cuenta las peripecias de una familia de rancheiros ladinos, los Argüello, venidos a menos durante el sexenio de Lázaro Cárdenas, cuando se intentó devolver sus tierras a los indios, remunerarles su trabajo y delegar en sus patronos la responsabilidad de impartirles la educación básica. Resueltos a no perder sus privilegios ni siquiera por la fuerza, los Argüello se muestran torpes e incapaces de sortear las reformas cardenistas. El maestro que pretenden imponer a su servidumbre en Chactajal es liquidado de un balazo en la frente por un hombre indígena; sus tierras son devastadas con un incendio intencional y su único hijo varón, el principal

El libro referido de Rosario Castellanos es su primera novela, publicada en 1957; cuenta las peripecias de una familia de rancheiros ladinos, los Argüello, venidos a menos durante el sexenio de Lázaro Cárdenas, cuando se intentó devolver sus tierras a los indios, remunerarles su trabajo y delegar en sus patronos la responsabilidad de impartirles la educación básica.

motivo por el que tratan de conservar sus lujos y pertenencias, muere al final de la historia.

En esta lucha de clases y de razas, de indios contra blancos, la narración se solaza en la derrota de estos últimos. Cinco años después de que la editara el Fondo de Cultura Económica, Castellanos retiró de *Balún Canán* la etiqueta que le endilgaron de indigenista:

Los indios son seres humanos absolutamente iguales a los blancos, solo que colocados en una circunstancia especial y desfavorable. Como son más débiles, pueden ser más malos (violentos, traidores e hipócritas) que los blancos. Los indios no me parecen misterio-

sos ni poéticos. Lo que ocurre es que viven en una miseria atroz. Es necesario describir cómo esa miseria ha atrofiado sus mejores cualidades. Otro detalle que los autores indigenistas descuidan, y hacen muy mal, es la forma [...] como refieren casi siempre sucesos desagradables, lo hacen de un modo desagradable: descuidan el lenguaje, no pulen el estilo... (Carballo 2003, 509).

Definida la corriente indigenista como un conjunto de obras de estilo descuidado donde los personajes indígenas son víctimas misteriosas y poéticas, Castellanos se esmeró en la forma de un modo tan excesivo que por mo-

Castellanos no entregó a la imprenta un héroe legendario como el *Canek* de Ermilo Abreu Gómez, pero la imparcialidad que menciona es imposible y su adhesión a las huestes indígenas en la trama de *Balún Canán* es fehaciente, como lo prueba su sagacidad para bloquear la intimidad de los Argüello contra todo amago de compasión.

mentos resultó contraproducente. La voz narrativa, apoyada en el punto de vista de una niña de siete años en la primera y última de las tres partes de la novela, pierde verosimilitud. En cambio, el plano de igualdad en que coloca al indio frente al hombre blanco hace del conflicto desarrollado al centro del libro la parte más lograda de la obra. Los indígenas de Castellanos no son poéticos ni misteriosos, pero tampoco adquieren el relieve suficiente para considerarlos personajes memorables cuya construcción fue, durante los siglos XIX y XX, objetivo y mérito de la novela. Las acciones de los indígenas de *Balún Canán* son más bien soterradas, desdeñosas del protagonismo de los blancos, del patrón César, del bastardo Ernesto. Nadie sabe quién es el asesino de este último.¹ En aquella masa indiferenciada –“todos los indios tienen la misma cara” (Castellanos 2012, 285), admite la niña narradora–, apenas se destaca Felipe, un indio que aprende a leer y escribir en Tapachula y estrecha la mano del presidente Cárdenas, cuyo retrato cuelga en su casa de bajareque y en la escuela improvisada de Chactajal. Esta acción, acertada en lo simbólico, dista de convertirlo en un líder que imante la admiración hacia los héroes de novela. Este desmedro en su figura es consecuencia de los objetivos aludidos por Castellanos en la citada entrevista. “¿Qué te propones

al referir los problemas de convivencia entre los blancos y los indígenas?”, cuestiona Carballo.

Ante todo, ser imparcial. Sé que el blanco no es el mejor, pero no por razones de carácter individual sino por circunstancias sociales y económicas. No se puede convertir impunemente a un personaje blanco en villano, ni a uno indígena identificarlo *a priori* con la bondad. La única diferencia, y no pequeña, consiste en que los indios son siervos y los blancos reservan para sí el papel de amos (Carballo, 510).

Castellanos no entregó a la imprenta un héroe legendario como el *Canek* de Ermilo Abreu Gómez, pero la imparcialidad que menciona es imposible y su adhesión a las huestes indígenas en la trama de *Balún Canán* es fehaciente, como lo prueba su sagacidad para bloquear la intimidad de los Argüello contra todo amago de compasión. En boca de Ernesto, un hombre blanco, pero estigmatizado por su bastardía, pone la autora estas palabras irremplazables: “El hongo más blanco es el más venenoso”, en alusión a las burlas infantiles de los niños Argüello que le gritan “Bastardo”. Incluso la niña narradora, que ha sido amamantada por su nana indígena, desliza en su soliloquio reacciones racistas y de un

clasicismo ofendido que la vuelven antipática. Para convencerla de no desperdiciar la leche, a su nana no le sirve la amenaza del castigo divino, debe advertirle que tomar café la volverá india como ella:

–Te va a castigar Dios por el desperdicio –afirma la nana.

–Quiero tomar café. Como tú. Como todos.

–Te vas a volver india.

Su amenaza me sobrecoge. Desde mañana la leche no se derramará (Castellanos 2012, 158, 10 y 285).

La autora tuvo por cuna la trincheira del *caxlán*, del hombre blanco; conoce de primera mano sus defectos y no tiene empacho en desnudarlos a cada página: sus prejuicios raciales, su hipocresía, la debilidad de carácter en sus varones, la histeria de sus mujeres, su fragilidad moral y un temor supersticioso semejante al de sus enemigos los indios. No figuran en *Balún Canán* villanos blancos ni víctimas indígenas; el lector presencia únicamente la lucha entre dos bandos de hombres que la autora ha cimentado con la dialéctica hegeliana del amo y del esclavo: siervos indígenas contra patrones ladinos.

De hecho, la novela en Chiapas, según confirma la antología más reciente,² está signada desde fines del siglo XIX por esa confrontación. Aparecida en 1889, *Florinda*, de Flavio A. Paniagua, cuenta una versión local de la lucha entre civilización y barbarie, las sangrientas vicisitudes del levantamiento de los chamulas contra la entonces Ciudad Real (San Cristóbal de Las Casas), acontecido en 1869. Su autor, nacido en el bastión por antonomasia del conservadurismo chiapaneco, escribe contra “la bandera negra y sangrienta” del indio insubordinado y en defensa de los hombres de bien, católicos, blancos y decentes.



Al inicio de mi práctica como fotógrafo recuerdo que me fue imposible esquivar el paso por la complacencia: hacer imágenes para agradar a otros. Ahí pude observar el juicio que le da utilidad a un paisaje fotográfico.

Paniagua no escatima la visceralidad de sus invectivas:

Supo el jefe de los rebeldes, que en el pueblo de San Andrés existían familiares de blancos o *ladinos*, y el 25 de junio envió grandes chusmas a matarlos, como lo ejecutaron en el mismo día, dando muerte a todas las personas sin distinción de edad, ni de sexo y llevando su ferocidad salvaje al extremo de que muertas algunas mujeres que estaban grávidas, el feto era apuñalado o machacado. ¡¡¡Horror!!! Ni los nerones, atilas, ni brenos, grandes tiranos de la historia llevaron su crueldad a los niños que no habían nacido (citado en Aldana Sellschopp 2018, 22).

Durante el siglo xx la narrativa chiapaneca reincidentará en esa pugna ra-

Durante el siglo xx la narrativa chiapaneca reincidentará en esa pugna racial, sea tomando el punto de vista conservador de Paniagua, sea con matices progresistas en la obra de Rosario Castellanos, o abiertamente a favor de los indígenas, como en los cuentos de Eraclio Zepeda.

cial, sea tomando el punto de vista conservador de Paniagua, sea con matices progresistas en la obra de Rosario Castellanos, o abiertamente a favor de los indígenas, como en los cuentos de Eraclio Zepeda.

Un lustro antes de *Balún Canán*, Ricardo Pozas publicó *Juan Pérez Jolote. Biografía de un tzotzil*, que se erigió desde el primer momento en el personaje más emblemático en la memoria colectiva de los lectores, es decir, tomó el lugar que parecía reservado a Castellanos. Este personaje surge de un documento narrativo cuya primera intención no era literaria. El impulso inicial de Pozas consistió en realizar un estudio antropológico que despertara el interés de lectores no especializados en la materia y donde se denunciaran las condiciones de explotación y sometimiento de la población indígena en esta región del país. Siguiendo este propósito, el autor decidió registrar la crónica oral de un indígena originario de San Juan Chamula con un lenguaje sencillo y directo:

lo que a mí me interesaba no era escribir estudios para las

bibliotecas, o para gentes que estaban dedicadas al estudio de la antropología, sino que escribía cosas que llegaran al público más amplio, que todo el mundo se diera cuenta de las condiciones en que viven los grupos indígenas, algo que pudieran leer ellos, que pudiera servir como denuncia (Cowie, 1990).³

Pero “el público más amplio” que leyó esta biografía otorgó al libro una recepción más cercana de lo literario, y manifestó hacia Pérez Jolote, el chamula de carne y hueso retratado en sus páginas, la simpatía y emoción que despiertan los personajes heroicos. El acierto técnico de la narración de Pozas es el resultado de conocer directa y minuciosamente los materiales con los que se trabaja una obra, a través de entrevistas fijadas en grabaciones, fotografías, notas, bitácoras de trabajo. También está la cualidad de elegir el procedimiento técnico idóneo, la autobiografía picaresca, recurso que le permitió desarrollar una objetividad naturalista y una notable destreza para los diálogos, así como para los innumerables detalles que acompañan las acciones.

Como Castellanos, Pozas no hacía del indio una víctima ni un dechado de virtud en razón de su raza, pero en la dialéctica de siervos y amos postulada por la autora de *Balún Canán*, Pozas se había adelantado a definir al indígena como un hombre rezagado debido a la cultura campesina de donde proviene; incorporarlo al proletariado urbano de los obreros conscientes de su papel histórico fue un objetivo frustrado, si se toma en cuenta que Chiapas, la cuna de Pérez Jolote, sería durante las postrimerías del siglo pasado el sitio donde estalló la insurrección del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, con reclamos que no



han sido satisfechos ni siquiera en el presente. No obstante, Pozas tiene el consuelo de haber ingresado esta biografía de un tsotsil a las obras más representativas de la narrativa hecha en lengua española.

De su perfil criminal en *Flo-rinda* y su retrato más humanizado en *Balún Canán* y *Juan Pérez Jolote*, el indígena alcanza por fin un estatuto de dignidad y heroísmo en la obra *Benzulul* (1959) del tuxtleco Eraclio Zepeda. Los

personajes de esta colección de relatos son capaces de conseguir la adhesión del lector, exponen su cosmovisión con un lenguaje propio y sin la intermediación de la lente occidentalizada de un narrador omnisciente. En las antípodas de Paniagua, el relato “Quien dice verdad”, de Zepeda, transfiere al indígena las cualidades que eran monopolio del ladino en *Flo-rinda*: honestidad, valor, decencia y superioridad moral (2004, 86).



¿El paisaje nos identifica? ¿El paisaje nos pertenece?
¿Se puede modificar?

Sebastián Pérez Tul se ve libre de remordimiento tras haber ajusticiado a golpe limpio al ladino Lorenzo Castillo, comerciante de aguardientes de Ciudad Real que violó a su hija. “Sebastian Pérez Tul nunca dijo palabra que no encerrara verdad” y como se establece desde el principio: “Quien dice verdá tiene la boca fresca como si

masticara hojitas de hierbabuena, y tiene los dientes limpios, blancos, porque no hay lodo en su corazón” (83).⁴ Sin molestarse en afectar la imparcialidad y equidistancia de Castellanos, Zepeda invierte la visión maniquea de Paniagua, denuncia a San Cristóbal de Las Casas como un reducto de prepotencia y racismo impuesto

por los blancos siglos antes y legítima en el indio el derecho a castigar la soberbia del hombre blanco.

Carlos Navarrete es el autor de *Los arrieros del agua* (1984), un relato de largo aliento cuyo personaje central, Reinaldo, narra sus experiencias a partir de una infancia llena de dolor y pobreza, en la que, como Pérez Jolote, está bajo la custodia de un ser vil y trastornado. De igual manera, la narración inicia durante la infancia del protagonista y avanza hacia una adultez desdichada. Su carácter autobiográfico y sus peripecias presentadas de modo independiente logran que ambos relatos se hermanen al precursor de la novela picaresca, *El Lazarillo de Tormes*. Tanto Ricardo Pozas como Carlos Navarrete han desarrollado en estos libros un impecable trabajo antropológico en forma novelesca; la exigencia metodológica de su disciplina les dio una coherencia y un trazo en los personajes que los ha vuelto memorables.

Los narradores del siglo pasado, no solo chiapanecos, siguen sirviéndose de las vicisitudes de la población indígena como de un material de trabajo inevitable y frente al cual su actitud oscila entre el desdén y la solidaridad. En *Ceremonial o hacia el confín (novela de la selva)*, publicada en 1992, Jesús Morales Bermúdez relata la migración de un grupo de tsotsiles que abandonan la región de Los Altos para establecerse en tierras selváticas más apacibles, lejos de los ladinos de San Cristóbal de Las Casas, la ciudad enemiga: “En medio de los soldados llegó mi abuelo a la ciudad. Una vez la había visto desde la cima, todavía en momentos de gracia, y ahora él que antes se imaginó entrando con señorío, transitaba sus calles con el estigma de la derrota, con la vergüenza del vencido” (citado en Aldana Sellschopp, 122).

Ese mismo año, como una demorada réplica contra el deslucido perfil de la población ladina en *Balún Canán*, Heberto Morales publica *Jovel, serenata a la gente menuda*. Aunque ya no con la vehemencia de Paniagua, Morales vuelve a regatear a los indios su importancia dentro de la literatura chiapaneca: “Chiapas y Oaxaca son los estados con mayor número de indígenas; pero aun así ni son la totalidad ni siquiera son la mayoría; entonces la mayoría está formada por esa otra gente o soslayada o maltratada en el resto de la novelística; lo que quiero es darle a esa gente una imagen; y quiero que la imagen sea buena” (*ibid.*, 128).

A su favor o en su contra, el indígena sigue resistiendo los embates de la realidad y la ficción, y volverá sin duda en los escritos por venir, cuando se defina entre los lectores cuál es la obra por excelencia, digna de perdurar en la tradición literaria de Chiapas, entre miles de páginas dedicadas al levantamiento armado de 1994, muchas de ellas originadas en la pluma de uno de sus dirigentes, el subcomandante Marcos.

Caracteriza también a la narrativa chiapaneca contemporánea el trasfondo autobiográfico de sus historias. *Juan Pérez Jolote* es literalmente la autobiografía de un indio tsotsil y Castellanos declaró: “A la novela llegué recordando sucesos de mi infancia” (Carballo, 506), confesión que hace de la voz infantil que narra la primera y la tercera partes de *Balún Canán* un trasunto de la niñez de la autora. Lo mismo puede decirse de los cuentos incluidos en *Asalto nocturno*, de Eraclio Zepeda, tres de los cuales dan cuenta de su experiencia en los procesos revolucionarios de Pekín, La Habana y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Las evocaciones biográficas, pasadas por el tamiz del artificio literario, hacen de algunas novísi-

A su favor o en su contra, el indígena sigue resistiendo los embates de la realidad y la ficción, y volverá sin duda en los escritos por venir, cuando se defina entre los lectores cuál es la obra por excelencia, digna de perdurar en la tradición literaria de Chiapas.

mas narraciones testimonios del pasado inmediato de Chiapas, de sus transformaciones y dificultades. Son los casos de *El heredero y el miedo. Retrato del peor sexenio de Chiapas* (2013), y *Fragmentaciones* (2015), sendos libros de Alfredo Palacios Espinosa y José Falconi. En el primero se cuenta el encarcelamiento del exgobernador Pablo Salazar Mendiguchía durante el sexenio inmediatamente posterior de su homólogo, Juan Sabines Gutiérrez. El autor escribe impulsado por su experiencia personal y basado en sucesos que le tocó presenciar directamente como secretario de Educación en Chiapas. Falconi, por su parte, vierte en *Fragmentaciones* la experiencia de la represión que como joven militante de izquierda padeciera durante la llamada “guerra sucia”, desencadenada por el presidente Echeverría.

La combatividad de estas dos últimas novelas es excepcional para el siglo desencantado en que se publican. La cosmovisión desangelada y ya sin utopías de los escritores nacidos en las décadas finiseculares de 1970 y 1980, niños educados en la falacia de que las ideologías ya no existen, está

expuesta en *Por el lado salvaje* (2011), de Nadia Villafuerte, título retomado de una canción de Lou Reed, un depresivo y sórdido *rockstar* norteamericano de origen judío. El lado salvaje es también una ruta de abyección y nihilismo para el personaje protagónico, Lía, una adolescente manca que se define a sí misma y a su hábitat en estos términos:

El lugar se llama Paredón, un horizonte de agua. En Paredón no hay olas. Es mar muerto, mutilado: para esto no hay prótesis [...] El sexo es cuanto me une a la vida. Lo supe desde la infancia. Y no tuve infancia. Esa tierra de que hablan todos, no existió para mí. No hay fotos, a eso me refiero. Hay un hueco de seis, siete años, como el vacío que se hace en la manga izquierda de mis blusas (citado en Aldana Sellschopp, 258-259).

El cinismo y la inexistencia de un horizonte axiológico constituyen las principales expresiones de orfandad de los hijos periféricos de Occidente, las más descarnadas. Pero existe también la alternativa de la evasión libresca, erudita y metaliteraria que hizo célebre a Jorge Luis Borges, autor que citaba libros inexistentes, que soñaba el paraíso bajo la especie de una biblioteca y que, apoyado en la filosofía de Berkeley, fantaseaba instaurar sobre el mundo real y empírico un universo de ficción que lo desplazara gradualmente. *Yo también me llamo Vincent* (2012), de Alejandro Molinari, es una novela cuyo protagonista, don Eusebio, contrata gente de su pueblo para que actúe en sus libros, uno de los cuales es una novela titulada justamente *Yo también me llamo Vincent*. Cajas chinas, intertextualidad y metaficción son los recursos narrativos que hacen de



Me parece muy interesante la idea de la transformación mutua, ser consciente de que la modificaciones del ser humano sobre su entorno tienen una consecuencia a escala individual y grupal. Esas transformaciones influyen en la forma en que el ser humano se percibe y se inscribe en su espacio. Más que habitar el paisaje, el paisaje nos habita.

Chiapas un lugar donde supuestamente “contratarse como personaje de novela es un oficio habitual”.

El espacio es insuficiente para comentar la obra de otros narradores chiapanecos actuales. En la espera de una revisión más extensa y detallada en un ensayo más amplio, quedan Héctor Cortés Mandujano, Óscar Palacios, Marco Aurelio Carballo, José Antonio Reyes Matamoros y el narrador y crítico varias veces mencionado en este artículo, Alejandro Aldana Sellschopp. **LPyH**

REFERENCIAS

Aldana Sellschopp, Alejandro. 2018. *La novela en Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez: Conaculta.

Carballo, Emmanuel. 2003. *Protagonistas de la literatura mexicana*. México: Porrúa.

Castellanos, Rosario. 1997. *El mar y sus pescaditos*. México: SEP/Caniem/Asociación Nacional del Libro.

_____. 2012. *Balún Canán*. México: FCE.

Cowie, Lancelot. 1990. *El indio en la narrativa contemporánea*. México: Conaculta.

Pozas, Ricardo. 2012. *Juan Pérez Jolote*. México: FCE.

Zepeda, Eraclio. 2004. *Benzulul & Asalto nocturno*. México: Conaculta.

NOTAS

¹ Como la Tía Francisca advierte: “Y sé también que mientras yo tenga en depósito la pistola con que se cometió el crimen, nadie podrá nada contra su dueño” (Castellanos 2012, 215).

² *La novela en Chiapas*, de Alejandro Aldana Sellschopp, editada en 2018. Véase la referencia completa en la bibliografía citada al final de este artículo.

³ En entrevista con Luis Vázquez dentro del libro *El indio en la narrativa contemporánea*, de Lancelot Cowie. Véase la referencia completa en la bibliografía citada al final de este artículo.

⁴ Lo entrecorillado va en itálicas en el original.

Alejandro Mijangos Trejo es doctor en Literatura Hispanoamericana por la BUAP y autor del libro en prensa *Joaquín Vásquez Aguilar. Poética de un ave marginada*.

José Martínez Torres es doctor en Letras por la UNAM, así como autor de libros y textos de crítica y creación. Es miembro del SNI.